



SEBASTIÁN BASUALDO

**TODOS
LOS NIÑOS
MIENTEN**

emecé

Sebastián Basualdo

Todos los niños mienten

1. El encuentro

El edificio: tres pisos por escalera, antiguo, silencioso durante los días de semana, pero ya desde las primeras horas del sábado, los pasillos son ruidosos y vibrantes como cajitas musicales. El último piso está destinado a la terraza y un lavadero de paredes blancas. En la terraza, las parcelas están bien diferenciadas con sogas para que los vecinos cuelguen sus ropas recién lavadas y es bastante frecuente encontrar carteles pegados a un costado de la puerta: «Por favor, devolver sábana de Mickey Mouse al 2 ° F». O «Si alguien encuentra entre sus ropas un toallón verde, es mío. PB C». Por lo general, las ropas extraviadas aparecen con intercambio de bromas al cabo de un tiempo. Lo único que por una especie de acuerdo general no se cuelga en las sogas de la terraza es la ropa interior. Y es muy divertido lo que sucede cuando cambia el viento y se embota el cielo poco después de dejar traslucir sus heridas violáceas, señal de una inminente tormenta: corren los timbrazos junto a la voz de alarma. «¡Se viene la lluvia!».

Hoy es una hermosa mañana de verano y no es necesario encender la luz para subir el último tramo de la escalera. Cuando Lautaro entra en el lavadero, se encuentra de frente con los dibujos que ocupan toda la pared. Se acerca sorprendido: no es lo que había imaginado. Se alegró de que una mujer creyera que había sido él porque jamás hubiera podido dibujar algo semejante. Contempla cada una de las escenas detenidamente: el parque de diversiones con la vuelta al mundo, la playa y los veleros, la casa de techo a dos aguas entre arboledas, los autos y una plaza con tres chicos andando en bicicleta, todo en perspectiva y en diferentes trazos de crayones y lápices. Es fascinante. Justo cuando Lautaro se asombra al leer su nombre en uno de los márgenes, escucha:

—¿Te gusta?

Ahora los ve parados detrás de la puerta del lavadero. Serios, los dos. A uno lo reconoce enseguida: es el mismo chico que vio unos días atrás. Solo que le resulta muy diferente, mucho más grande. Es alto —por lo menos dos cabezas más que el chico que está parado a su lado— y robusto. Está vestido con un short de jean gastado y una musculosa negra que hace más notoria la redondez de sus hombros. Tiene los brazos largos y da la impresión de ser pesado —aunque Lautaro no tardará en descubrir que es ágil y lento, pero al mismo tiempo frágil—. Tiene ojos azules y el pelo muy corto, de un color ligeramente cobrizo, y

la frente amplia, una nariz puntiaguda y labios muy rojos. Hay algo femenino y a la vez duro, rígido, en sus gestos. Intimida. El otro chico es delgado y simple, como un actor de reparto. Está vestido con un short de fútbol y una remera de Boca. Tiene un corte de pelo muy gracioso —como el de Carlitos Balá— y los ojos grandes, atentos. A Lautaro le resulta desagradable ese chico, sobrador. Tal vez porque lo mira de una manera extraña, como se mira a una persona de quien se habló mucho y al tenerla enfrente no encaja demasiado con la idea que uno se había hecho de ella.

—Sí —dice Lautaro, y es su voz la que parece perder el equilibrio cuando da un paso hacia atrás, en el momento exacto en que el chico mayor se acerca a la pared para observar los dibujos, cerrando ligeramente los ojos como quien busca un detalle para corregir.

No lo mira cuando dice:

—Yo soy Norberto Roitter y él —señala hacia atrás con el dedo índice de la mano izquierda, al tiempo que afirma con la cabeza como si tuviera dos pensamientos paralelos: uno en el dibujo y el otro puesto en su amigo— es Agustín. Pero le decimos... Le digo Speedy Gonzales.

—Vos sos el nuevo —dice Speedy—. Mi vecino. Nunca viniste a mi casa con la taza.

Roitter mira a Speedy como queriendo impedir que siga hablando. Después se ríen los dos.

—¿Cómo te llamás?

—Lautaro.

—Vos vivís con tu mamá —dice Speedy—. ¿Y tu papá?

Lautaro levanta los hombros, sin mirarlo.

—¿Se murió?

—No —dice Lautaro, molesto—. Están separados.

—¿Antes dónde vivías?

—Con mi abuela.

Lautaro tiene ganas de contar las cosas misteriosas que encuentra en la selva mágica, al lado de la casa de su abuela.

Speedy pregunta:

—¿A qué grado vas?

—Pasé a quinto.

—Yo pasé a sexto —dice Speedy.

—Mirá —dice Roitter y se acerca a un piletón, luego señala las maderas que están debajo—. Son para armar la casa del árbol. ¿Leíste *Tom Sawyer*?

Los últimos libros se los regaló su abuela cuando cumplió nueve años. *Mi planta de naranja lima* y uno sobre carrera de autos, en la colección *Elige tu propia aventura*. No los había leído todavía.

Roitter no espera la respuesta y grita:

—¡Vamos!

Roitter esquivo a Lautaro con un movimiento sorpresivo, que incluye primero una frenada con una pierna y luego un amague al estilo de gambeta futbolera, y baja corriendo por la escalera con la mitad del

cuerpo hacia delante, serio; una manera extraña de correr —como si se hubiera impuesto una competencia a sí mismo— y no tarda en arrastrar a Speedy, que lo sigue gritando eufórico, saltando de a tres y cuatro escalones como si temiera que Lautaro fuera capaz de alcanzarlo.

Ahora Speedy mira a Roitter, que está trepado a un árbol.

—Acá vamos a armar la casa —dice Roitter.

Speedy se pone en posición para correr y le dice a Lautaro:

—Hasta la esquina.

—A la cuenta de tres —dice Roitter.

Detrás de una línea imaginaria, los dos esperan la cuenta de Roitter mientras Speedy grita:

—¡Ándale, ándale! ¡Arriba, arriba! ¡Ándale!

—Uno... dos... ¡Ya!

Y salen corriendo.

Speedy le saca rápidamente ventaja. No parece cansado. Tampoco festeja la victoria.

Regresan caminando en silencio.

Cuando llegan a la puerta del edificio, Speedy se descuelga un cordón del cuello donde tiene una pequeña llave y abre.

Después dice:

—¿Subís?

Roitter ya no está en el árbol.